

El ser humano, si no sufre de ninguna afección neurológica que se lo impida, existe simultáneamente en dos mundos opuestos: uno es el de la materia-energía del cosmos, medible y manipulable por métodos físicos, al que llamaremos Mundo A. El otro es el de las experiencias subjetivas y los estados de conciencia, que es extremadamente personal y que no es medible de ninguna manera fiable, al que llamaremos Mundo B.

Soñar, por ejemplo, es una actividad propia del Mundo B. Sin embargo, dormir pertenece al Mundo A. Un caso especial lo constituyen las ilusiones y alucinaciones que, aunque son interpretadas por el sujeto como Mundo A, en realidad pertenecen al Mundo B.

Los sueños, en concreto, han sido objeto de la fascinación del ser humano desde tiempos inmemoriales, debido a que son capaces de reproducir, a veces con una exactitud pasmosa, sucesos del Mundo A, de la misma manera que un artista plasma la imagen de un animal en un trozo de papel. Las teorías sobre el origen y la naturaleza de los sueños son frecuentes en la historia de la neurobiología.

La dualidad cerebro-mente, protagonista de estas teorías, nos dice que el cerebro y la mente son entidades separadas. En efecto, el cerebro reside en el Mundo A, mientras que la mente lo hace en el Mundo B, y ambos interactúan de una manera que, hasta ahora, nos había sido desconocida. Por lo tanto, sabemos que existe una frontera entre el Mundo A y el Mundo B,

y a través de esa frontera, se produce un intercambio en ambas direcciones que no es de materia ni de energía.

Es un intercambio de información.

Este artículo, del que presentamos aquí un extracto, fue publicado en la revista *Brain Matters* en el año 2051 y resultó determinante en la concesión del premio Nobel de Medicina al doctor Castaño.

Esto condujo, dos años más tarde, a la creación de Onirotech.

1

El cerebro es una estructura nerviosa increíblemente sofisticada, cuyo funcionamiento se basa no en el número de células que contiene, sino en las conexiones entre ellas. Esta red interneuronal es la causante de la extraordinaria complejidad mental y conductual del ser humano. Se define, por lo tanto, a un sistema inteligente natural como un conjunto de percepciones, emociones, pensamientos y comportamientos.

Castaño, F. (2053). *Una nueva visión del cerebro*. Entrevista para la revista *Brainy*.

«Ojalá mis padres pudieran verme ahora», pensó con rencor la anciana princesa.

El resentimiento que la consumía, incluso en días tan maravillosos como hoy, quedó apaciguado, en parte, cuando salió a la terraza de su palacio. La habían preparado a su gusto, con su sofá preferido pegado a la barandilla para que pudiera contemplar el jardín mientras desayunaba.

De pie junto al sofá, la joven que había encargado esperaba diligente. Era justo como ella quería, preciosa, con el pelo de un rojo vivo y un cuerpo de infarto. Se la habían disfrazado de criada francesa, con la faldita negra y la cofia blanca, y la princesa no pudo evitar un suspiro.

Hacía mucho que a su alteza real había dejado de importarle su aspecto, pero estaba en un palacio y lo apropiado era llevar un vestido. El de hoy era rosa pastel, como uno que había visto de niña en una tienda de juguetes, antes de que la vida se le cayera encima como un muro de ladrillos. La amplia falda

acariciaba el suelo con un susurro de seda y las lentejuelas del corpiño reflejaban la luz en todas direcciones.

La princesa era consciente de que no era un atuendo muy agraciado, y menos en una señora de más de sesenta años con la piel arrugada y llena de manchas. Pero ella estaba por encima de todo eso. Ese era el vestido de sus sueños y el que había elegido.

Su rostro, que cuarenta años antes había sido majestuoso y autoritario como el de una estricta directora en un internado para jovencitas, ahora estaba demacrado por el tiempo, a juego con el pelo grisáceo y mal cuidado, cuando un día fue negro como el carbón. La mandíbula poderosa y la nariz larga y recta era lo único que seguía reconociendo en el espejo.

En su mejilla izquierda, pegada a la nariz, una horrible cicatriz de color marrón oscuro resaltaba sobre la piel blanquecina, el tipo de marca que resulta de un navajazo, cuando la atención médica es escasa o inexistente, y la herida se cura en abierto porque no se ha podido coser a tiempo. El colorete rosa que habían aplicado a las mejillas de su alteza real hacía que la cicatriz resultara aún más grotesca.

El olor del café recién hecho llegó hasta ella, y avanzó por la terraza hasta dejarse caer en el sofá con un suspiro de satisfacción. Mientras los rayos de sol calentaban sus viejos huesos, la criada, diligente, le acercó la mesita con la comida y procedió a servirle el desayuno.

—Su alteza serenísima, un café de Costa Rica y una tostada de pan blanco con aguacate y queso fresco.

La princesa sorbió el café y devoró la tostada con ansia, sacudiendo de cuando en cuando las migas que salpicaban su corpiño de lentejuelas. Cada vez que un goterón de aguacate acababa sobre el corpiño, o sobre el arrugado escote, lo rescataba con un dedo de uñas negras y mal cortadas, y se lo introducía en la boca.

—Su alteza serenísima, su batido de naranja y mango con nata montada.

La pajita dorada que adornaba el batido acabó enseguida en el suelo de la terraza. La anciana princesa engulló el contenido con tres enormes tragos, chascando sus labios de satisfacción una vez llegó hasta el fondo.

—Su alteza serenísima, un surtido selecto de dulces rellenos de nata y crema de cacao.

La bandeja contenía nueve o diez pastelitos, enormes como la palma de una mano. La anciana los fue cogiendo uno a uno, y se los llevó a la boca con gula, disfrutando de cada segundo del desayuno. Al final solo quedó un palo de nata, tierno bizcocho que envolvía la dulce, dulcísima crema, y la princesa lo cogió casi con reverencia, girándolo a este lado y al otro para decidir por dónde le daría el primer mordisco.

A su lado, la criada dejó la bandeja sobre la mesita, se colocó frente a la princesa y se arrodilló en el suelo de la terraza.

La princesa olió con ansia el aroma del dulce mientras le levantaban la pesada falda rosa y le bajaban la ropa interior. Solo entonces dio el primer lametón, lento y profundo, al mismo tiempo que la criada.

Durante la siguiente media hora, el palacio y el jardín pasaron a un segundo plano en la mente de la princesa. Despatarrada sobre el sofá de la terraza, con el sol de la mañana en su rostro, se dedicó a lamer el dulce. Introducía la lengua entre sus pliegues y la volvía a retirar, girando su muñeca para disfrutar del palo de nata desde otro ángulo.

Entre sus piernas, la joven hacía lo mismo, sincronizadas ambas hasta la milésima.

Su alteza real, sintiéndose traviesa, le dio un suave mordisco al bizcocho, que fue inmediatamente replicado por la criada, e hizo que todo su cuerpo se estremeciera de placer. Tiró al suelo

el resto del dulce con un gruñido, y usó las manos para aferrarse al respaldo del sofá, desesperada por aumentar el contacto, prolongar las sensaciones. Con cuidado de sus rodillas doloridas, subió ambos pies al borde del sofá para ofrecerse por completo, y fue recompensada cuando la joven criada la lamió con más intensidad que antes.

Unos minutos después, la anciana estaba gruñendo descontrolada, la respiración entrecortada y la piel perlada de sudor. Cuando sus gemidos se convirtieron en gritos que podían oírse por todo el palacio, la joven se chupó los dedos y redobló sus esfuerzos.

El enfermero de rizados pelirrojos caminaba despacio por el pasillo de la clínica, con un ojo puesto en los dos vasos llenísimos de café que llevaba, y el otro vigilando que no se tropezara con nadie y le tirara el café hirviendo por encima.

La inteligencia artificial que controlaba el edificio detectó sus manos ocupadas, y le abrió la puerta de la sala un par de segundos antes de que llegara a ella.

—Gracias, Morfeo —dijo el joven en voz baja. Entró despacio y dejó ambos cafés sobre la mesa—. ¿Ya ha dejado de comer? —preguntó a su compañero.

El otro empleado, que le sacaba al menos treinta años y otros tantos kilos, apartó los ojos de la pantalla y le dedicó una sonrisa traviesa.

—Acércate, no vas a creerte esto.

El joven técnico dio la vuelta hasta quedar frente a la pantalla y se encontró contemplando la escena que sucedía en la terraza del palacio. A un par de metros de ellos, en la camilla de la sala de inmersión, la anciana dormía. Llevaba un camisón azul celeste que le llegaba hasta las rodillas, dejando al descubierto sus pies sucios y llenos de callos. El pelo gris y apelmazado se derramaba sobre la almohada, por debajo de los electrodos que

coronaban su cabeza. En su rostro dormido destacaba la grotesca cicatriz de su mejilla, que parecía aún más espantosa bajo la luz amarillenta de la sala.

El joven desvió la mirada hacia ella, y luego de nuevo a la pantalla, donde la misma persona, vestida de princesa, estaba recibiendo en ese preciso momento un tratamiento muy especial.

—Pero ¿lo está viviendo de verdad o solo es un sueño? —preguntó en voz baja.

El otro técnico pulsó una tecla de su holoteclado y la imagen del palacio se vio superpuesta por una larga lista de números.

—Mira aquí, y también aquí. El pulso está acelerado, la saturación de oxígeno en sangre sigue subiendo, y fíjate en este nivel de adrenalina. Me juego lo que quieras a que se corre y todo.

El joven soltó un largo silbido de admiración.

—Quién iba a decirlo con la edad que tiene.

—¿Y qué más da su edad? Todo esto está ocurriendo dentro de su cabeza. La escena está preprogramada, los detalles los pone ella solita, y Onirotech la ayuda a que no sea un simple sueño, sino un recuerdo nítido y duradero. Francamente, con la vida que lleva esta mujer, esto es lo más parecido que tiene a unas vacaciones.

Señaló al rincón de la sala con un movimiento de la cabeza, y el joven se volvió a mirar. Un carrito de supermercado lleno de bolsas de plástico estaba aparcado a un lado como si fuera una silla de ruedas. Todas las pertenencias de su alteza real.

—¿Eso es suyo? —preguntó el pelirrojo—. ¿Vive en las calles?

—Marisa es una habitual —explicó el otro—. Va ahorrando de las limosnas y viene cuando puede, un par de veces al año. Siempre la misma fábula, con el palacio, la comida, la criada y... bueno, y lo otro. Fue uno de los primeros sujetos de experimentación de Onirotech, de cuando pedían voluntarios, así que esto se le deja a precio especial.

La mirada que siguió iba cargada de intención, y no hizo falta ninguna palabra para que el joven la entendiera: cuando yo me vaya de aquí en unos meses, cuídame a Marisa, que es como de la casa.

—Pero, pero... —el técnico pelirrojo balbuceó, tratando de explicarse— el caso es que nosotros tenemos esto en la pantalla y parece muy... específico, ¿no? Quiero decir, ella podría usar su imaginación, ¿verdad? O sea, estoy seguro de que, en algún momento, eh... quizás cientos de veces... ¿no?

—¿Me estás preguntando por qué paga para que le presentemos una fantasía que ella ya tenía en la cabeza?

— Sí. Eso.

Su compañero lo miró con una sonrisa afectuosa.

—Porque, mi querido Bobo, las fantasías duran lo que un trozo de mierda en una autovía. Los demás pensamientos le pasan por encima, la ensucian, la contaminan con sus detalles hasta hacerla irreconocible. Por eso los clientes pagan por esto: lo que imaginan se convierte en experiencia, y una experiencia se almacena en el cerebro inalterada y perfecta, como una memoria de verdad —le dio un sorbo a su café y chascó los labios—. Los sueños son una mierda, pero aquí convertimos la mierda en oro.

2

Las neuronas se organizan en circuitos específicos, cada uno de los cuales cumple una función diferente en cuanto al procesamiento de la información y generación de la conducta asociada. Estas conductas y pensamientos, sin embargo, no son compartidas entre todos los miembros de la raza humana. Cada persona tiende a personalizar e individualizar sus pensamientos, y eso lleva a comportamientos extremadamente distintos, a pesar de haberse originado en la misma zona cerebral y a partir del mismo estímulo.

Esta personalización es el objeto de estudio de la psicología.
Castaño, F (2051). *La última frontera. Brain Matters.*

La clínica de la calle Prieto había sido el Hospital Militar de Málaga hasta el año 2040, cuando se vieron obligados a venderlo a Onirotech. Su situación era ideal, a medio camino entre los dos barrios más ricos de la ciudad y, además, era la única clínica que ofertaba la tecnología Oniros.

Alicia cruzó las puertas de Onirotech un miércoles de noviembre, a las ocho y cuarenta y cinco de la mañana. En la memoria de Morfeo, la inteligencia artificial del edificio, quedó registrada como una persona joven de género probablemente femenino, rango de edad entre veinte y veinticinco años, complexión delgada, estatura media, pelo oscuro y ojos azules.

El guardia de seguridad, que era humano, registró mucho más que eso. Vio que la chica, aunque parecía joven, tenía ojeras prominentes, la mirada vacía y extraviada, y el pelo en bastante mal estado. Su ropa era demasiado grande para ella, y no lleva-

ba bolso ni mochila. En la mente del guardia apareció la palabra “yonqui”, y se propuso no perderla de vista por si les sacaba una navaja a los clientes de la sala de espera.

Alicia pasó de largo arrastrando los pies y se dejó caer en una silla con un suspiro de agotamiento, sin dedicar ni una sola mirada a su alrededor. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que los demás clientes, con disimulo, se levantaban de los asientos contiguos para trasladarse a los del fondo.

Una de las paredes de la sala de espera cambió abruptamente de un rosa suave a uno de los miles de anuncios con los que Onirotech había inundado la ciudad. Alicia no se molestó en volver la cabeza, pero no pudo evitar que la sintonía, familiar a causa de lo repetitivo, se le colara en la mente como un gusano en una manzana.

«Onirotech: haga sus sueños realidad. Onirotech: fantasías al alcance de su mano. Onirotech: pida un deseo. Onirotech...».

Sintiéndose abrumada, Alicia palpó en su pierna hasta encontrar el cierre del bolsillo que sabía que estaba allí. Forcejeó hasta que consiguió abrirlo, y sacó las tarjetas que se había preparado con unos dedos tan torpes que le parecían morcillas. Una a una, las fue pasando con cuidado de que no se le cayeran, y las leyó en silencio a pesar de que ya se las sabía de memoria.

«Sigue adelante».

«Prohibido abandonar».

«Esto se acaba hoy».

«No te rindas».

«Solo un esfuerzo más».

Se pasó la mano libre por el rostro para aclararse la vista, y trató de tener paciencia. «Solo un esfuerzo más», se repitió, guardando las tarjetas. «Esto se acaba hoy».

—AT, cita de las nueve —sonó en la sala—. Por favor, pase a la consulta número dos.

Se levantó con un resoplido y caminó despacio, con cuidado de no arrastrar los pies y de no mirar al suelo. La puerta estaba cerrada, pero se abrió sin que tuviera que tocarla.

El interior de la consulta hacía juego con el resto de la clínica, paredes de color rosa suave y muebles de madera cálida, diseñados para ofrecer un espacio relajante y seguro. Además del escritorio y el archivador, un mueble repleto de trofeos adornaba la estancia. Era lo primero que se veía al entrar, y Alicia se quedó mirándolo, desconcertada. Estaba tan lleno de copas, placas y medallas que parecía imposible que no se cayera.

—Impresionante, ¿eh? —sonó una voz a su derecha.

Alicia se volvió. La persona que estaba sentada en el escritorio era una mujer de unos cincuenta o sesenta años de edad, con el pelo gris ceniza recogido en una trenza. Iba vestida con un mono de trabajo de color blanco, no muy diferente a la ropa que llevaría un pintor, con una plaquita sobre su pecho izquierdo que ponía, en letras enormes, BARROSO.

Lo más llamativo de su apariencia, sin embargo, no era su uniforme ni su peinado, sino el hecho de que el ojo izquierdo estaba oculto tras un parche también de color blanco. Habría parecido un villano de película de no ser por su sonrisa afectuosa.

—Son los reconocimientos de veinte años como cirujana —explicó—, aparte de las colaboraciones en varios estudios sobre anomalías de las funciones cerebrales. La neurobiología de los sueños lúcidos puede parecerte nueva y misteriosa, pero te aseguro que aquí es pura rutina. Estás en buenas manos —aún sonriendo, la doctora le indicó con un gesto que se sentara—. Soy la doctora Barroso, por cierto. Por favor, di tu nombre con voz clara para el archivo.

Alicia miró la silla con aprensión, pero enseguida meneó la cabeza.

«Prohibido abandonar».

—Al... Alicia —se esforzó en vocalizar—. Soy Alicia Torre... Torreblanca.

—Bienvenida, Alicia. ¿Has traído tu historial médico? —Si la doctora se había percatado de algo inusual, no lo demostró.

La joven acercó su muñeca al sensor hasta que oyó el suave pitido, y luego esperó en silencio. La doctora, con su único ojo fijo en la pantalla, pasó las páginas rápidamente hasta que encontró la parte que le interesaba: las condiciones preexistentes.

«Ahora es cuando me rechazan», se resignó Alicia.

—Hum. Aquí dice que sufres una depresión. Y que te han recetado antidepresivos.

Alicia asintió. A pesar de que solo quería hacerse una bolita y dormir, se esforzó por explicarse.

—Fui a un psiquiatra —dijo despacio para que no se le trabaran las palabras—, y me dijo que las pas... las pastillas me ayudarían. Pero no las quiero. O sea, es que tengo la sensación de que no debería tomarlas. Y se me ocurrió probar esto antes.

La doctora la miró a los ojos con cierto aire de preocupación, y Alicia se preparó mentalmente para el rechazo. «Después de lo que me he esforzado por llegar hasta aquí», pensó. Lo que le había costado decidirse, planearlo, coger una cita, obligarse a salir de la cama y darse una ducha, desplazarse hasta la clínica...

—¿Has venido para que te ayudemos con tu depresión?

La joven trató de poner en orden sus pensamientos, ansiosa por explicar lo que tenía en su cabeza. Levantarse de la cama, ducharse, vestirse... Todo lo había hecho porque, en su interior, Alicia intuía que estaba haciendo algo mucho más crucial que comprar una aventura ficticia.

Una depresión suponía el abandono de la vida, le había dicho su psiquiatra. Todo lo que le sentaba bien al cuerpo, la depresión te obligaba a dejarlo atrás: dormir bien, comer sano, higiene, vida social... Caer en una depresión suponía irse dejando

morir poco a poco, aislando al organismo de sus sistemas de apoyo al igual que un maltratador obliga a su víctima a dar la espalda a su familia y amigos.

Solo entonces lo había visto claro. O hacía algo para remediarlo o acabaría sus días encerrada en casa, sola y sucia, hasta que su cuerpo, al fin, diera la batalla por perdida y se deslizara hacia el abismo.

Una hora después de aquella reflexión, había pedido la cita en Onirotech, porque la alternativa era la muerte. Y a Alicia la aterrizzaba la idea de la muerte.

—Mis padres fallecieron hace dos años —comenzó—. Estoy convencida de que llevo tanto tiempo triste que ya no recuerdo cómo es sentirse bien. No encuentro placer en la lectura ni en el cine. El sabor de la comida me da igual. Mis amigos me han ido abandonando porque dicen que he cambiado, que ya no me reconocen. La verdad es que ni yo misma me reconozco. —Miró al único ojo de la doctora y trató de explicarse—. Creo... Estoy convencida de que si vivo una aventura en la que me pasen cosas buenas, en las que yo sea la heroína, mi cerebro recordará cómo sentirse feliz. Como un reinicio, ¿entiende? —suspiró—. Siento que me faltan trozos, como si los hubiera dejado atrás sin darme cuenta. Solo quiero sentirme de nuevo como una persona de verdad.

Para su sorpresa, la doctora asintió.

—Muchos clientes usan nuestras fábulas para elevar su autoestima, es muy normal. ¿Hace mucho que te sientes así?

—Meses. Reconozco que tardé demasiado en decidirme a ver a un médico. Soy un poco... bueno, soy muy cabezota, y durante demasiado tiempo me empeñé en que todo iba bien. Que eran imaginaciones mías. Que estaba exagerando. Cuando el psiquiatra me dijo lo de la depresión, fue como si todas las piecicitas que había estado recogiendo encajaran de repente.

—Los diagnósticos de enfermedades crónicas o duraderas

suelen tener ese efecto —sonrió la doctora—. Nuestras fábulas siempre acaban bien, de manera que son muy útiles para recobrar la autoestima, mejorar el humor y aliviar las frustraciones. Ni te imaginas cuántos universitarios nos llegan tras la época de exámenes pidiendo matar orcos, o participar en batallas donde se pueda disparar con un tanque. Aunque te aconsejo no despreciar la opinión de tu psiquiatra.

—Si tengo que tomar las pastillas, lo haré. Es solo que... creo que esto será más efectivo.

—Pues bienvenida al barco —la doctora sonrió—. ¿Sabes ya qué fábula quieres o necesitas ver el catálogo?

Alicia sonrió, aliviada. Era el único pensamiento que la había mantenido con vida durante los últimos meses.

—Me gustaría ver elfos —confesó en un susurro—. En la web ponía algo sobre matar a un dragón, ¿verdad? Las reseñas decían que se pasa un poco de miedo, pero que todo sale bien al final.

—¡Oh, sí, no te preocupes por eso! Todo está diseñado para que el protagonista de la fábula tenga un final feliz. —La doctora abrió el catálogo en su pantalla y seleccionó una de las opciones—. La fábula veintisiete, entonces. Comenzarás en un poblado elfo y asistirás a una de sus grandes cenas en el palacio. Luego te pedirán ayuda porque un dragón ha asolado el pueblo vecino y ha tomado un rehén. Primero tendrás que localizar a un grupo de guerreros para ir todos juntos a por la bestia. Con tu nuevo equipo y una espada mágica rescataréis al rehén y acabaréis con el dragón, y luego lo celebraréis con otra fiesta. Te va a encantar. Hay bosques, cascadas y mucha comida.

La joven volvió a sonreír. «Esto se acaba hoy».

—¿Será como un videojuego o parece real? —preguntó.

—Te aseguro que tu cerebro no notará la diferencia. Tendrás el recuerdo de una vivencia, nítido y duradero.

—Creo que es justo lo que necesito.

—Perfecto —sonrió la doctora Barroso—. Acerca la muñeca para autorizar el pago, por favor.